



No es lo que parece

Leandro Tarazona



Leandro Tarazona

NO ES LO QUE PARECE



Bolsa en la puerta

Al irnos, dejamos la bolsa en la puerta. Finalizaba marzo y no tuvimos fuerza para llevarla hasta el sótano o simplemente sacarla por ahí, para que la abrieran los perros y las palomas buscando cualquier cosa, pero nosotros nunca botamos nada valioso, somos unos orgullosos fabricantes de inútil basura maloliente. Al irnos no le dijimos a nadie, acumulábamos deudas como polillas en el suelo, cuando llovía sacábamos las ollas por la ventana y recogíamos el agua que al tomarla nos sabía al sudor de dios (o eso nos decíamos). A veces comíamos papel, a mí me gustaban los antiguos libros de texto porque tenían el sabor de mi casa, aún se podía percibir el vapor de los guisos y el sonido de los boleros cuando el sol se arrastraba por la cocina. A ti te gustaban las revistas, aunque la tinta te hiciera doler la barriga. A veces envolvías el papel con telarañas y te las comías muy rápido, yo intentaba detenerte, pero me decías que el papel con telaraña te permitía ver el futuro: *“Los huevos de la araña en mi barriga van a crecer y de allí saldrá una revolución”*. Nos fuimos sin un destino escrito, dejamos la bolsa en la puerta y nos prometimos estar siempre juntos a pesar del hambre, aunque brotaran arañas de tu boca persiguiéndome por el río arzobispo, atrapándome y torturándome con sirenas de otros tiempos y estatutos del siglo pasado. Algo me dijiste, pero no pude escucharte

porque cada vez hablabas más suave y yo estaba preocupado, íbamos a dejar la bolsa en la puerta y ya no me acordaba que habíamos metido allí, ¿Y si mejor miramos antes que hay dentro? ¿Pero qué tal que lleguen y nos vean con la bolsa? ¿Qué me dices?

Ya no te escucho. Dejamos la bolsa en la puerta y salimos arrastrando los pies, con la esperanza de contagiarnos y ser libres. Todo eso pensábamos al irnos.

Cenizas del palacio

Quedaron en negativo las sombras de los reyezuelos,
se levantó una nube de polvo y
un fotógrafo a contraluz tomó unas instantáneas, estaba a punto de llover.
Habían dado la orden sin decirlo, como descubriendo un
lenguaje que mata sin nombrar. Una sentencia sin destinatario,
pero las calles sangran igual. El verdugo como un oráculo
cierra los ojos y entiende el espíritu de los tiempos. Todo lo que respira
es condenado, y al fragor de los trapos blancos se concreta la matanza.
Hay un viento extraño que nadie comprende.
Y la tierra no chupa la sangre porque se ha rebosado.
Alguien recita una consigna en un idioma extraño, llegan los
académicos y analizan su lenguaje, salen maravillados, no entienden nada.
Brotó una fuente de cuerpos en el Palacio y afuera hay una fiesta,
algunos caminan con el pecho inflado y una sonrisa idiota,
mientras sonrían le quitan el seguro al revolver, los comediantes.
Me tropiezo mientras camino entre los escombros, me quedo con la mano
del conquistador español, me la llevo a la casa y la dejo detrás de la puerta.
Cuando lleguen a buscarme les diré que me estaba preparando
para la reconstrucción, les mostraré la mano y suspirarán aliviados.

A mis hermanos les diré que esa es la mano que nos guía a la victoria.

En esto consiste la supervivencia del artista.

Polvareda

Me despertaron los temblores de la mano izquierda,
metí la cabeza en agua fría, para ver si congelaba este pensamiento
recurrente: “salir a la calle, coger un taxi rumbo a tu casa
y pedirte perdón”. Tu casa ya no existe, fue devorada por el fuego.
Alguien se acercó y dejó una orquídea donde antes hubo una puerta.
Voy a restablecer mi condición de ciudadano, a reconstruir
la memoria aun de quién no merece ser recordado.
Voy a alinear las porcelanas de la abuela y de una patada
mandarlas a la mierda. Voy a meter el dedo en la torta de la prima
para escribir con perfecta caligrafía que es una perra.
Proclamaré mi condición de artista de género fluido
mientras le escribo cartas amenazantes a mi madre.
Ahora me tiembla la mano derecha, enciendo el micrófono
de la videollamada y finjo que hablo moviendo los labios:
“no te escucho, no te escucho, no te escucho”.
Cuando abro las ventanas se meten las cenizas de tu casa
y lo impregnan todo, humedezco un trapo y comienzo a limpiar.
Ahí vienen los temblores de nuevo.

Instituciones

Los veo corriendo por los callejones,
esquivando el confeti que escupe un toro
de porcelana.

Me dicen que reaccione, pero tanta belleza
me paraliza. Tanta empatía, la fiesta de la fraternidad.

En la esquina alguien prepara un sancocho.

De las alcantarillas salen brazos y unas voces que me dicen:

“No puede haber futuro para el que no tiene presente”

Mira que Topsy no dijo: “por favor”

y al estudiante no lo fulminaron 6600 voltios,
pero los dos fueron grabados y exhibidos
en el museo de las atrocidades y el horror.

Yo amo a las instituciones, sobre todo por temor,
y si es necesario me entrego por ellas.

Igual, ¿Quién soy yo para detenerme ante la rueda
de la historia? No tengo la capacidad de rebelarme,
yo solo quiero limpiar mis escombros.

Barrer el confeti, sacar el bafle a la calle y armar una parranda.

Convocar a la corraleja y jugarme la vida ante el toro,

que suene el porro y el bullerengue,

que la fiesta y el fandango me defiendan.

Si me embiste el toro que sea mientras suena "pie pelúo",

y si se acaba el sancocho llamen a nuestros hermanos,

que enciendan la leña y convoquen guacherna.

Una fiesta que no termine, un sancocho que

siempre humee.

Fosa familiar

Visitando la fosa de mi abuela encontré la mía sin querer,
me acariciaba el viento del norte, escuchaba el canto
de un turpial, me senté junto a la fosa y con un suspiro
pensé en lo bueno que sería quedarme allí, al abrigo
del guayacán, junto a las flores violetas.

Pensé en escribir un mensaje de despedida y meterme
en la fosa, pedirle a alguien que lance palada tras palada,
la tierra bañándome, cubriéndome en lenta agonía.

Toqué la tierra y me sorprendió su frescura. Probé un puñado
y me sentí en casa. Entendí que esto ya había pasado antes.

Hubo un tiempo en el que habité las profundidades,
me topaba con los gusanos y entraba en las madrigueras.

Una era en la que ignoraba al sol y me arrastraba
en el vientre de la madre tierra. Hubo un tiempo feliz en el que
el tiempo no existía y las vibraciones nos lo decían todo.

En otros tiempos los hombres devolvían a la madre sus cuerpos,
y yo los sentía, llegaban en grupos, agotados, devastados.

Los abrazaba y esperaba que la madre los limpiara para
liberarlos del oprobio. Lo entendí todo, somos hijos de la fosa.

Aquí abajo estamos felices, los estamos esperando.

En la fosa no se escucha el llanto ni hay hacinamiento,
en este vientre inmenso se puede ser eterno.

Guía para encontrar empleo durante el fin del mundo

Acepté bañarme temprano:

Me enjaboné con urgencia, el agua hirviendo

inundó el baño con una asquerosa bruma sobrecalificada.

Llamé a mi tía, le pedí que convocara a su grupo de oración
y comenzaran a interceder por mí.

Pasé un mes sin tocarme (cuidando mis ojos y guardando
los pensamientos) y recitaba mantras positivos:

“Este es mi momento, hoy mi vida va a cambiar”

No te volví a llamar, un presentimiento:

Eres lujuria culposa, letargo disipado.

Me jode cada llamada después de la medianoche
para confesarme que, a pesar de la esclavitud del zoom
te fumas por lo menos tres porros diarios.

Afuera el cielo se abre como crispeta rancia
y aunque tuviera una mascota tampoco saldría, la obligaría
a cagar en la cocina y a recoger sus vergüenzas.

Tuve que borrar un par de diplomas,
escribir que me encantan los pastores alemanes,
que siento que este escenario nos va a fortalecer,

vamos a darle una dimensión más profunda a la vida.

Me dijiste que venías a visitarme y traías cerveza, maíz y porros para celebrar tu nuevo trabajo.

Yo te dije que podía estar contagiado, que comenzaba a sentirme mal, mejor no ponerse en riesgo.

Me dices que me haga la prueba,

que con el hisopo me revuelvan el cerebro, encuentren el bicho, avisen al grupo de oración de la tía y doblen rodillas

hasta que me cure de nuevo, encuentre trabajo y te olvide.

Escribo correos a todos mis conocidos mientras superviso el nivel

de saturación de oxígeno en la sangre, caigo en mi propia trampa

y comienzo a sentirme enfermo, el nivel de oxígeno cae y

se retuercen mis arterias, comienzo a sentir frío mientras pienso

en mi tía, hablando con José Gregorio Hernández, pidiéndole una

cita: “dígame que venga mañana y que no se le olvide cancelar el copago”.

Me zambullo en un sudor aceitoso, refresco mi perfil en LinkedIn y espero

que me llame alguien, cualquiera. Pasan los días en silencio y comienzo a ahogarme

en mi habitación, ni un mensaje en WhatsApp, ningún like en Instagram

y mientras me apago lentamente, me dejo el oxímetro en el dedo para ver

como caen los números por debajo de setenta.

En el ocaso

Yo me acuerdo que en esa pared había un grafiti
contra el gobierno, también algunos carteles que anunciaban un concierto
de salsa, una obra de teatro y otro que ofrecía clases de inglés para niños.
Ahora no hay nada, ha muerto la palabra. Alguien después pintó un colibrí
alzando el vuelo, un sol naciente, un par de nubes en el horizonte.

Una noche cualquiera se apoderó de la pared una mancha gris.

En el amanecer veo la pared desde mi apartamento, con un café caliente
percibo el ocaso, los síntomas palpables del fracaso.

Arrastro los pies, escribo cartas anunciando el desastre, en ocasiones
recibo respuestas dirigidas a otra persona. Las leo.

A veces me vienen a visitar, pero no sé quiénes son. Me proponen salir a dar
una vuelta, recorrer el barrio, hablar con los amigos.

Una vez quise salir de mi apartamento, pero tuve miedo de ser borrado
como lo hicieron con el mensaje de la pared, la canción en la radio,
el estudiante en el puente, la dignidad, esa dignidad que yo sé que tuve
y ahora no encuentro.

Yo me acuerdo que detrás de esa pared recibí clases de francés, cuando me preguntaban
si alguna vez saldría del país, yo levantaba los hombros y sonreía como un idiota.

Lo que aprendí ya se me olvidó, *¡Que pouvons-nous faire!*

Ojalá fuera todo como antes

Volviendo de las fiestas siempre me daban ganas de llorar.

Era inevitable preguntarme ¿Y cómo lo hacía Bukowski?

Qué bueno sería mantener esa ilusión por siempre, eludiendo el desastre de reconocer en qué me he convertido.

Igual, ya no aguanto mucho y me embriago fácil.

Todo me aburre y ya no quiero hablar con nadie, recuerdo

la charla en los bares como una trampa abierta. Siempre

terminaba diciendo lo que no debía, era imposible dominar

la calentura. No falta el estadista que ha tenido una iluminación

deslumbrante, una solución final en el Cauca, un holocaustico

que no duela. La gente todo lo quiere gratis, es imposible

construir con pereza. Me tomo otros dos tragos para no

pegarle y cuando te veo entiendo que esa noche estaba

destinada al fracaso. Una mujer contaba que había percibido una

masa en su seno izquierdo. Mi madre murió de cáncer de seno, le

dijo al Göring de Popayán. No fue posible para mí sentir empatía

y te busqué para ver si la noche podía mejorar.

Otro trago, nada cambió.

Alguien me dijo que me había convertido en un borracho triste,

Salí a la calle a trompicones y mientras buscaba el taxi pensaba:

¿Por qué las cosas no son como antes?

Expuestos ante el santísimo

Somos tan diferentes y perversos, efímeros y traviesos,
nos tocamos para reconocernos, pero en el fondo no nos queremos.
A veces siento un dolor en el estómago, como una serpiente
reptando en mi interior, me aterra pensar que algún día se pueda ir.
Estás acostada sobre la mesa y veo por los movimientos de tu vientre
que también tienes adentro una serpiente. Cierro la puerta para
que nadie entre. Estamos expuestos, desnudos, demasiado lejos del sol.
Me aferro a tu brazo y siento que te disuelves como cereza madura,
recuerdo nuestras huidas al campo, el viento meciendo los platanales,
la nube oscura a lo lejos, la madre recogiendo las cobijas extendidas.
Ya no sé dónde está mi familia, pero a ti te tengo sobre la mesa,
expuesta al santísimo. Cuando hablamos ya no es lo mismo,
hay un guion matemáticamente establecido, con palabras escritas
antes de tiempo, anticlimáticas, vacías. A veces me acerco para mirarte
a los ojos. Y entonces lo veo, nada. Ya no sé dónde se escondió aquel
que dices que fui, pero a ti te tengo sobre la mesa, expuesta al santísimo,
conmigo.
Y de aquí no salimos vivos.

Cubierto de cal

Sigo marcando tu viejo número,
un impulso que extiende mis músculos como harina suave.
Si contestaras
es probable que me desmaye, sabes que soy adicto al drama.
Eras Vronski y yo siempre Anna.
La última vez que estuvimos juntos fue todo muy rápido
no nos despedimos, nos abandonamos a la urgencia.
Recuerdo que te reías mientras me veías doblar la ropa,
guardarla en el closet, poner los zapatos debajo de la cama.
Me acerqué a besarte y vi tus ojos abiertos.
Y mientras estuvimos juntos siguieron abiertos.
En la calle sonó un estruendo y tuve miedo, ¿vendrían por ti?
Nos bañamos, me pediste que frotera tu espalda con fuerza.
A mí me gustaba tu tatuaje, me permitía comprenderte mejor.
Tu pelo siempre estuvo enredado pero tus ideas estaban claras.
Mientras me vestía dijiste que no volveríamos a vernos,
me tomaste una foto poniéndome las medias.
Aproveché que pasaba la marcha y al salir me mezclé con los manifestantes.
Memoricé tu número y aunque sepa que no estás te sigo llamando.

Hasta que contestes o hasta que se vayan, me da igual.

A la espera de tu aprobación

Me gustaba escuchar esa carcajada
imprudente, un jadeo interminable,
en ocasiones te ahogabas, a veces me preguntabas
por qué habías comenzado a reír. Escondías el mechón
detrás de la oreja. Levantabas la mirada y mordías
tu labio inferior. Venías de adentro hacia
afuera, y en cada respiración sentía que moría
para reaparecer dentro de ti.

Estaba en la cutícula abierta, en el espacio entre
los dientes. Planeamos crear un lenguaje
nuevo que sólo entenderían los escorpiones
nacidos en el 79.

Firmé un crédito hipotecario para asegurar
que nuestras sombras pudieran esconderse debajo
de la cama.

Me abandoné a una dieta de productos cuyo nombre
comenzaran por la letra c, financié un premio de poesía para
zurdos, me corté el pelo cada vez que aparecía la luna nueva.

Cuando los ánimos son propicios te hago una videollamada, me

muestras tus hijos y a veces saludo a tu esposo.

Le escribo a mi contadora cartas de amor para pagar

menos impuestos. A veces siento que se escurre

mi ser líquido, mi yo seco se levanta y sale al trabajo.

Te mando fotos de camisas para que apruebes la compra,

sé que escoges la peor para torturarme.

Cada vez que llueve y se levanta la polvareda

salgo corriendo, dejo la puerta abierta, salto en los charcos.

Le doy cuerda al reloj y espero hasta el otro día.

Pétalos recogidos al azar

Vivimos en un cuarto tan pequeño que tuvimos que volvernos uno, comíamos del mismo plato, no estábamos seguros de quien sufría realmente la migraña. Cuando salía a la universidad extrañaba respirar tu aire, el espacio abierto se me hizo odioso. El techo, en un arranque de celos decidió acercarse a nosotros, para entrar era necesario arrastrarse, en un rincón hacíamos el amor de lado, a veces me despertaba ahogado, el cuarto se estaba cerrando a nuestro alrededor, como un nido homicida. Y así pasó.

Un día salí y encontré la puerta del tamaño de un puño. Te llamé, me dijiste que al salir había renunciado a lo nuestro. Me despedí.

Todo quedó adentro, estuve vagando días enteros. Me quise meter en la caja de zapatos de un amigo. Fui a la casa de mi madre y me deslicé en la lavadora. La situación se hizo insostenible, salí a la calle a la fuerza, caminaba poco, el espacio abierto me aterraba. Hablé con los hippies y estudiantes de la cábala, Me aconsejaron convocar a los espíritus de la tierra

para salir al mundo. Construir un espacio afectivo benéfico.

Me fui de la ciudad y debajo de un árbol me quedé dormido.

En mi sueño, vivíamos a la orilla de un río, en una cabaña

de madera, teníamos un par de niños, trabajaba la tierra.

A lo lejos, pasaban los caballos.

Te acercabas y mientras acariciabas mi rostro

decías: “¿Esto te parece poético? Que imagen tan horrible”.

Regresé a la ciudad llorando, terminé la carrera universitaria,

me gradué de abogado. Al fin y al cabo, para qué poesía si

existe el proceso ejecutivo hipotecario.

Trizas

Me aviento contra todas las excusas que inventaste,
invento respuestas que llegan a destiempo, me agobian.

Fuimos felices, por un tiempo, corto. Nos envidiaban.

Te acomodaba el cuello del abrigo y aprovechaba para besarte,
un olor a eucalipto que calmaba mi ansiedad, un espacio en blanco.

No hay presencia.

Un viento que desciende fatigado, una piedra rescatada del río,
una pinza perdida, una media caída, un lápiz mascado.

Un poema que comenzaba hablando de ti y se perdía.

una risa que no transmitía alegría. Una trenza mal hecha,
una fotografía

en la que no estamos.

Quise escribirte, pero no supe a donde. Pregunté por los libros
que leíamos juntos. Quise pagar las cuentas pendientes.

Ni un centavo en el bolsillo. Mejor escuchar la música de esos años,
que tararear las canciones escritas para nuevos amores.

Lo sigo intentando, pero no me sale. En serio.

Modo incógnito

Miro tu perfil esporádicamente desde mi cuenta personal
casi siempre lo recorro en modo incógnito.

Una varita de incienso encendida toda la noche, fracasé
con la hipnosis regresiva. Un ayuno de tres días
termina en una llamada a larga distancia.

¿Hay gente corriendo por su vida en la cordillera y tu
sigues calculando las calorías que tiene la hamburguesa?

He creado un par de cuentas falsas en Twitter
y aun así no puedo decir realmente lo que pienso.

En el grupo de terapia me dijeron que no vuelva hasta que
me arriesgue a decir la verdad.

En el trabajo, en cambio, me va muy bien.

Me daba risa cuando ondeaban la bandera en la marcha.

Los ideales se me escurren entre las medias, pensaba.

Si solo me quedara en casa sería feliz.

Para el lunes encendí una vela azul y dejé unas orquídeas
en la sala.

Un abrigo, el tapabocas y a la calle. ¿Para dónde voy?

Voy a visitar a mi amiga, la del perfil falso.

Cuando nos encontremos nos daremos un abrazo,

buscaremos un taxi y nos iremos lejos.

A un país nuevo, con otro nombre, uno que no esté dañado.

Mercado negro

He imaginado miles de sustitutos
para evitar nombrar esa angustia invasiva,
violencia que se arrebatata,
se adhiere y encostra,
se vuelve paisaje y me habita.

He decidido levantar vuelo,
ave carroñera seducida por la muerte.
Entre las piedras y el río,
ascendiendo entre los montes,
descubriendo los cuerpos olvidados por el tiempo.

Me alimento de papeles notariales,
traspasos de inmuebles sin negocio jurídico.
Poseedores de buena fe consumidos por
cientos de comunicados de las águilas negras.

Y los veo bajando por las trochas

con lo poco que tienen al hombro, dejan regados tesoros
que sólo son para mí.

Cartas sin destinatario, ropa en mal estado.

Una muñeca sin cabeza y una pelota desinflada.

Miseria abandonada, multiplicada exponencialmente.

Es el tráfico de lo inútil, de lo ruin.

En el mercado negro oferto lo máspreciado
del alma colombiana y no me ofrecen gran cosa.

Me devuelvo vacío,

y me acuesto en la vera del camino.

Reclamo mi porción de miseria,

me dicen que ya no queda nada.

Un legado que se disipa en el barro,

un brazo que se levanta a la espera del rescate.

Levanto el vuelo mientras espero que llegue la muerte.

En venta

Sin una herencia que pudiera reclamar
fui a la notaría para declararme baldío.

En la puerta me dieron un turno
yo quería ser subastado,
entregado en comodato a los grupos ilegales.

Me declararon interdicto,
encabecé la lista a la Cámara de un partido progresista.

Fui elegido y proclamado,
en un viaje a la provincia fui secuestrado.

Mi captor se encariñó conmigo,
tocábamos la guitarra y bebíamos hasta tarde,
Conocí la revolución, caminé meses por las montañas.
En el lecho del río escuchaba lamentos.
Alguien me dijo: Es el sonido de la pacificación.

A veces estábamos alegres, a veces llorábamos.

Cuando nos aburríamos ejecutábamos algunos compañeros
acusados de reaccionarios.

Cuando me preguntaban qué opinaba de las ejecuciones
levantaba los hombros y me iba lejos.

Mi testimonio no es fiable,
no puede ser tenido en cuenta en un juzgado.

Al fin y al cabo, yo quería ser subastado,
quería ser tasado, medido y puesto en venta.

Era un deseo como cualquier otro,
no era nada del otro mundo.

Nota al margen

Primero ocurrió el apagón,
debajo de los árboles se escondían los corruptores.

Decidimos no salir de noche,
a las seis cerrábamos con llave, encendíamos velas.

Nos organizamos: recibíamos llamadas,
comprábamos víveres, encendíamos la radio.

Algunos hacían rondas, imitaban el sonido de los pájaros.

Ese sinsonte, es el vecino de la vuelta.

Tiene un canto suave y melancólico.

Después vino el aguacero,
nos quedábamos en la ventana mirando la lluvia,
esperando que el agua se metiera por la puerta,
subiera las escaleras y nos llevara lejos.

Los vecinos
se fueron,
desaparecieron

en silencio.

Marcábamos los números indicados,
imitábamos el sonido de los pájaros,
hicimos una pequeña hoguera para enviar
señales de humo.

A pesar de tus ruegos salí a la calle,
me escondí entre los callejones,
evité los árboles y las vías transitadas,
De los semáforos colgaban letreros:
“¿Hay alguien aquí?”.

Solo vi pasar un par de ratas, de la mano, cantando una canción.

Regresé contigo, estabas aterrada,
caíste enferma, con fiebre y visiones.
Dictabas el porvenir y yo lo anotaba,
con fiebre también, con temor y temblor.

Nos despertó el sonido de una trompeta,
una gran ola en el horizonte,
el olor de un incendio voraz,

el cielo enrojecido, nosotros de la mano.

Comenzamos a reír.

De la nada, brotó de nosotros una canción.

LEANDRO TARAZONA



Abogado. Le gustan Bioy Casares, Bolaño, Foster Wallace y Vollmann. Escribe por venganza. Cofundador del Colectivo Mil por Mil.

Índice

Bolsa en la puerta.....	2
Cenizas del palacio.....	4
Polvareda.....	6
Instituciones.....	7
Fosa familiar.....	9
Guía para encontrar empleo durante el fin del mundo.....	11
En el ocaso	13
Ojalá fuera todo como antes	14
Expuestos ante el santísimo.....	16
Cubierto de cal.....	17
A la espera de tu aprobación	19
Pétalos recogidos al azar	21
Trizas	23
Modo incógnito	25
Mercado negro	27
En venta	29

Nota al margen31

Leandro Tarazona.....34



Título: No es lo que parece.

Autor: Leandro Tarazona.

Edición digital Hoja en Blanco: febrero, 2022.

Diseño de portada: Andrés Felipe Mendoza Vélez.

Imagen de portada: "Blazin groom" de Colin Batty.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY-NC-ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

